



PADRE HURTADO

La presencia del Santo



¿Quién gana con el dólar libre?

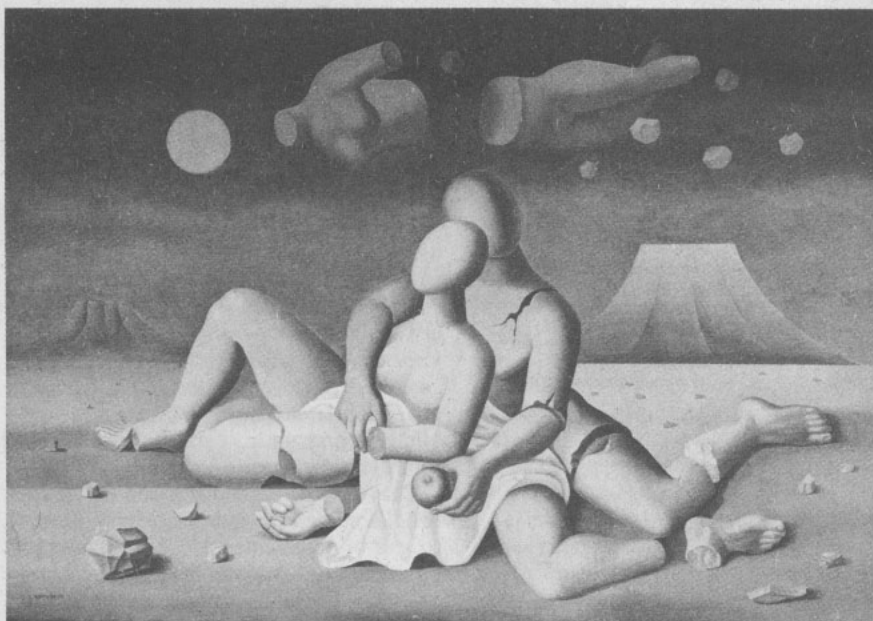
Condenado a iluminarnos

Era la segunda vez que la U. Católica presentaba a Mario Carreño como candidato al Premio Nacional de Arte, que no se otorgaba a un pintor desde 1979, cuando lo obtuvo Carlos Pedraza.

Esta vez Carreño recibió un merecido reconocimiento a su extensa labor artística en el país, donde no sólo “ha estado en una constante búsqueda de nuevas expresiones creativas, lo que ha mantenido su obra en una permanente vigencia”, como afirmó el jurado, sino donde también fundó junto a otros artistas la Escuela de Arte de esa Universidad, “que tanto ha contribuido a la formación de valores jóvenes en la plástica nacional”.

Mario Carreño nació hace 68 años, en Cuba, y comenzó temprano a trabajar con paleta y pinceles en la Academia San Alejandro de La Habana, lo que lo condujo, cuando recién tenía 17, a su primera exposición individual. Era el “concho” de una familia de diez hermanos donde todos tocaban algún instrumento y a él le tenían echado el ojo para violinista. Pero pronto comenzaría su peregrinación por el mundo, huyendo de opresiones y violencias: primero fue la dictadura de Machado en su patria, que lo hizo refugiarse en España. Allí trabajó en una publicación que editaba Rafael Alberti y conoció a Neruda y a García Lorca, los que lo afirmarían en su vocación artística y valores. Esos que aún mantiene y que resumió así a HOY (N° 161):

—Siempre me horroricé con el hambre y la explotación de los obreros y campesinos: era idealista y romántico. Y sigo siendo defensor de la justicia. Lo que más precio es la libertad y el respeto a los derechos de las personas.



“Sueño fragmentado”: una muestra de más de 50 años de oficio

Antes de llegar a Chile tuvo una odisea surrealista, pesadillesca: en París conoció a Picasso, quien lo estimuló, pero al poco tiempo se vio acorralado por la Segunda Guerra Mundial. Partió a Italia, donde se vivía el fascismo. De ahí a Nueva York, a hundirse en el cemento y la vorágine creativa para —como en un chiste cruel— huir luego del macarthismo que junto a la Guerra de Corea estaban haciendo el ambiente irrespirable. En Cuba encontró refugio por un tiempo, pero después lo pilló la dictadura de Batista, de la que arrancó. Su destino fue Chile.

Afable y calmado por fuera, pero con una intensidad y una pasión que expresa claramente en su pintura, de corte surrealista, Carreño sufre por un mundo en el que ve la destrucción latente a la vuelta de la esquina. Sus

obras muestran una desintegración y un caos apocalíptico, al que lo único que puede redimirlo es el amor y la solidaridad humanos. Por eso, en medio de rostros, cuerpos y objetos petrificados, él introduce frutas, peces y pequeños caracoles, signos de esperanza entre paisajes desolados, metafísicos.

A esta tierra que ahora lo premia llegó “por culpa” de Neruda, quien en 1970 lo describió poéticamente: “...me dispuse a conducirlo a tierras de invierno, al sur del mundo, al implacable océano de Chile, a las enlutadas calles de Santiago, frente a la nieve. Me costó convencerlo: prodigaba aristas, laberintos, estilos, para escaparse y quedarse en el País Primavera. Hasta que, como déspota de la poesía, con un úkase retroactivo lo condené a iluminarnos, a vivir entre nosotros para enseñarnos la luz de cada día. Aquí está. Muchas gracias”.